



ALABAR LA DEFENSA DE LA CULTURA

ARTE Y LUCHA

por CIPRIANO SANTIAGO VITUREIRA

Siempre nos sentimos atraídos hacia el arte como hacia un abismo. Le hemos visto abrirse así en el fondo pálido y vegetal de todos los muros de exposiciones. Hemos oído su voz por encima de todas las estatuas bien hechas, o desenterradas desde ese mismo vacío, pídoras aún y torpes ante la luz del mundo. Le hemos visto también en el hueco milagroso del teatro. Le hemos oído en el horizonte musical sonar su flauta mágica y en las voces poéticas que, como pájaros sobre el abismo, le cruzaban melodiosamente.

Y como voz total, sinfónica, anonadadora y febril, nos ha parecido que ese abismo disperso nos alcanzaba hasta la alucinación todo un clamor humano que no sabemos aún si es de dolor o de alegría, de venganza, de juego o de costumbre, pero que nos impresionaba más sencillamente como el coro acompañado de una lenta marcha.

En los relojes del muro se siente el latido del tiempo y en el espacio breve recorrido por el tiempo que es la tela, se siente el latido del mundo. Así también en otro abismo a que nos asomamos — llámese clase, multitud, sociedad o estado — como en una creación artística, recortado también entre muros históricos, con un sonido de máquinas, de guerras y de sueños, huye una perspectiva sonora y se nos queda algo entre los ojos, quizá excesivamente fatigados.

Viene la humanidad de una época brillante. Alcanzamos a ver un saludo viejo que aún encaja en tantos. Y marcha hacia otra era

brillante. Alcanzamos su saludo novísimo y atrayente. Se parecen ambos como las dictaduras fascistas y la del proletariado. Sus signos y sus sellos se parecen aunque ellas sin embargo, se diferencian fundamentalmente. Los ciclos históricos — el que muere y el que nace — no podrían entenderse ni para luchar, sino hablaran parecido lenguaje.

Nadie puede ser totalmente espectador sobre ese abismo cálido. Nosotros mismos, hemos acompañado en largas ocasiones el armonioso fuego de la juventud. Apartarnos veces para juzgarlo o para avizorar, ha sido nuestro más doloroso esfuerzo. Y hemos vuelto a él, cada vez más afinada la voz para el coro y más cerrado el puño para el gesto. Podemos afirmar, pues, que sigue el mundo en marcha y canta. La música, la pintura, la poesía, el drama, la escultura y las masas arquitectónicas son sus inventores. Dolor, solidaridad, soledad, alegría, embriaguez, ternura, miseria, sacrificio... ¡Confuso y grande paisaje!

Y bien. Los hechos, objetivamente, representan a los héroes, a los sabios, a los directores de pueblos y de ideas, y éstos recíprocamente a aquellos. Pero la proyección de esos mismos hechos históricos desde el alma

CUADERNO MENSUAL

2

de los hombres, eso que puede llamarse lirismo, sentido, romanticismo, realismo artístico, fé — es decir, síntesis entre la tragedia y la esperanza — o amor, en fin: la proyección desde las sutiles luces y sombras de la conciencia y más adentro aún, eso es el arte enumerado desde lo social.

Y sobre el arte, como sobre la muerte, una sed permanente se esponja de silencios y no hay más; una sed permanente ondula las estatuas y los desiertos.

Es el arte, que no es sólo simbolismo o expresionismo por ello, aunque creemos que son esas las mejores palabras que lo definen. Y los artistas son quienes, — determinados por su naturaleza — y vueltas una membrana, un tímpano, un cielo mismo su inocencia y su sensibilidad, logran esa difícil proyección y la fijan. (En esta facultad de fijar su emoción se distinguen de los temblorosos amigos del arte que tanto le aman).

Creemos a los artistas, pues, los seres destinados a representar ante sus contemporáneos — siempre a pesar de ellos — sus mejores justificaciones de la bondad o la desgracia de éstos, y el carácter universal de su heroísmo o de su banalidad. Y ante los siglos futuros los pensamos creadores, es decir, quienes representan las leyes enormes que manejan la historia y que sólo en los artistas tienen un eco visible, patético, evidente. Creemos, pues, en ellos por eso y por eso les llamaríamos los únicos hombres sinceros. Sinceros porque habla hasta su inconciencia, para nosotros su máximo valor; esa, que es la mejor, la más amada y la más bohemia hila de la tierra.

Doloridos, amargados, solos en su vida particular y más solos aún entre la multitud, labran el poema, es decir, idealizan, elevan, hacen superior y evidente la callada seriedad de sus vecinos los hombres que sin ellos no sabrían ni para qué existen y andan sobre esta vieja y arrugada piedra de la atmósfera, en que los dioses tropiezan de vez en cuando.

A través de aquel abismo pues, viviéndole, hemos llegado a oír la historia aún en los más finos espíritus y en los más difíciles artistas. Y así, a través del corazón americano fecundado en culturas, hemos visto a la Humanidad extendida como un templo nuevo, en medio a la anarquía total de los aspectos ex-

ternos. No se extrañe pues, que contemplemos con un mismo amor — nosotros — aprendimos lo social y lo individual de nuestra clase heroica, desde el arte y a todos los que representan en mayor o menor grado, la seriedad creadora. Que el arte y la lucha resultan un lenguaje paralelo.

A todos los una, ahora, algo que podríamos llamar un deseo tenaz de renacimiento. No se sabe de qué, pero de renacer. Si el renacimiento latino no significó un retorno a lo antiguo como parece estar demostrado ya, sino una creación con valores originales, un movimiento antigótico, revolucionario y progresivo, podemos creer sin mayor esfuerzo que un sentido semejante cabe en este asomo de originalidad y de pureza que es el nuevo salud del abismo y la canción joven del espíritu occidental disperso.

Como los dos aspectos clásicos de nuestros bellos ríos, una orilla de paz y otra escarpada, este gran torrente de los siglos enseña los rostros secundos de los mitos y de la vida. Dos aspectos: necesidad de descanso en las viejas culturas y, evidentemente, alto propósito de lucha por una nueva.

Encrucijada plástica del mundo, los primeros en sentirla y en representarla son los artistas... ¡Amor y agradecimiento a ellos!

Los vemos zozobrar en aguas tristes; los vemos navegar sobre sus brazos en el gesto del poderoso dolor! Unos perdidos ya, otros luchando en el eterno proceso.

Cuando Spengler — amargo arquitecto de historias, magnífico constructor de sepulcros, — después de delimitar estrictamente la sencillez del alma antigua y la complejidad de la moderna, lo apolíneo y lo fáustico, no confina el apogeo de esta nuestra civilización en siglos muertos, ya sólo una tristeza, pero nos deja aún como un consuelo el alán largo de los luchadores para quienes la búsqueda del oro esperado es acariciar revolver y demorar el río con un amor infinito. Nos hiere el arte, pero nos deja dentro de él, la lucha por la salud del mismo. Pero cuando, más adelante, aquel pensador distingue y señala en nuestro siglo la decadencia irremediable, en sus múltiples aspectos, de esa misma alma occidental tan poderosa y triunfadora antaño, una dolorosa sensación

de impotencia en el mundo invade nuestra fé y una ruda palabra de rebelión nos nace, un poco a pesar nuestro, de esa misma profunda soledad reciente, de esa noche infinita en que el viejo río no murmura sino monotonías y el oro lírico no se encuentra sino en altísimas esteras, muy puro, pero inaccesible para nuestras pequeñas fuerzas humanas.

Y así en el mismo Spengler, máximo exponente del conservadorismo ideológico, se funda nuestro optimismo. Nos deja tan sin nada que ya no podemos ser conservadores. Y nosotros los que vamos en la corriente, nos apoyamos en él, como el río en las rocas salientes, para entonar una voz de rebelión y de alegría.

Voz de rebelión. Porque no hay derecho ya a orgullo alguno. No hay derecho a las frías admoniciones claustrales. No hay derecho a carecer de la juventud necesaria para sopesar las fuerzas nuevas y alentarlas o aplaudirlas o simplemente amarlas, en vez de quedarse con el andamiaje fantasmal de otras culturas. Casi gusto tendríamos en tirar por la borda tanta sabiduría y quedarnos de nuevo junto al corazón de las madres, aún fuerte; junto a la gallardía de los jóvenes, aún estudiantos; a la tristeza de los pobres, aún buenos; y a la pasión de los artistas, aún soñadores. Junto a todo lo que representa la primitiva fuerza original y creadora del hombre.

Porque, reconocida como verdad la desesperación enfermiza de nuestra época, reconocida la moriecina luz de sus obras — en ciencia, sociología, filosofía, arte, etc. — y aceptada como segura la adquisición como por casualidad de una ética teórica (la del socialismo), a falta de la ética nacida en el corazón de cada uno y de todos, ¿no es también cierto que el espectáculo de humildad de esos sabios "insignificantes", de esos sociólogos "expansivos", de esos artistas "disolutos" y "artificiosos", y de esas masas esperanzadas, merece toda la consideración del mundo y de la historia y, lo que es más cercano, la emoción, la emoción fecunda y ancha de aquellos que saben cuán difícil es amar en la desgracia, en la ausencia o en la — éste es el caso — en la velocidad de la muerte?.. Consideración que socialmente se llamaría: justicia psicológicamente, pureza; y que personal, contemporánea, vitalmente, llamaría:

mos nosotros entusiasmo, alto y clamoroso entusiasmo!

Pero debemos decir más, porque hablamos en generosa función del optimismo y en defensa de la unidad del arte ante nuestra atención.

Alegres al final de tanta historia, alegres y puros como pocas veces lo está el esforzado y dolorido pensamiento, sentimos a través de todas las depresiones — otra vez el abismo y el coro del principio — que en esta larga caída de la era, otra más fresca crece lentamente. En realidad creemos que ya rompió en la tierra su semilla de fé, entre "espumas de vicio", mientras su madre guerrera ejercitaba en el mundo su sandalia de sombras. ¡Otra vez, ahora mismo, cuando estas líneas se escriben, las Victorias se calzan sus sandalias! Quizás sea preciso, imprescindible y fatal, este olvido pasional y retrógrado, de la marcha del tiempo y del progreso, esta repetición de imágenes que diría Pílniak, este volverse histérica una cultura — metopa histórica — para que la otra, como los años mismos, se le atreva. Y la vista de gris y la desprecie y la venera a un tiempo.

Esta tristeza de hoy, larga noche de la humanidad que retornamos a vivir ¿es el descanso acaso de verdaderas fuerzas orgánicas que nos han de elevar más adelante? Improvisada la ética, superficial la ciencia, primitivas las pasiones e inmediatas las luchas... Costumbre, periodismo, las palabras, Costumbre, monotonía, el estudio, Costumbre, "impresión", el arte, Costumbre, apremio, la política, Costumbre, socialidad, la ética. ¿Será preciso, pues, retornar a ser cosa, dejarse mecer por los vientos ociosos, retornar a la tierra, como a la madre de siempre en la desgracia, y tocarla otra vez como el del mito heleno y levantarse entonces?

* * *

Así creemos y esto nos alegra. Estamos en la primera faz de la lucha, unidos, los artistas y quienes los amamos. Vamos a seguir solos, rectos, pobres y livianos. ¡Tan profundamente luminoso es para nosotros el sentido de esta soledad! Muchas actividades del hombre han abandonado ya el regocijo y la placidez para acogerse a la pureza que es dolor, al dolor que es lucha. Entre ellas, como siempre, tenía que estar el arte.

Se nos ocurre que hay una célula viva y determinable aún en los organismos más difíciles. Así hay una célula social, la pobreza; hay una célula artística, el ensueño; hay una célula metafísica, la soledad. De ninguna de ellas puede descenderse. Se deja de ser un ente social si se desciende de la pobreza a la desocupación, se deja de ser un ente artístico si se desciende del ensueño a la reacción material, a la reacción física; se deja de ser un pensador si se desciende de la alta soledad hasta el abismo azul de la locura. Esos son los peligros, esos los extravíos tan comunes! Pero es inútil que quiera señalarse en el arte sutil, si se quiere abstracto unas veces, si se quiere bizantino otras, si se quiere decadente siempre, es inútil que quiera señalarse la pérdida del sentido lírico que debe presidir su sintonía. El arte habrá perdido toda la riqueza de los apogeos, habrá olvidado toda la fuerza de su poder. Se habrá anquilosado incluso. Pero no ha descendido del ensueño a la reacción puramente física. El arte, en suma, no ha retornado a la naturaleza, en el sentido en que lo diría Spengler. El arte se ha encerrado en la soledad como en la única fortaleza inexpugnable, y eso es lucha! Todo lo pueril, lo artificioso, lo injusto, lo establecido, "retorna a la naturaleza". Desde las pasiones animales, degeneraciones vestidas, de las altas y medias capas sociales, hasta la lucha apremiante por la vida menor, pasando por ese bello moral del político inescrupuloso y su bufón el artista vendido y su héroe el del "circo" o stadium. Y la guerra y el criterio de autoridad de los fascios y la incultura toda.

Naturaleza e instinto. Ni siquiera conserva su pasado mayor y más noble este individuo soez que nos rodea. Dice bien el alemán: "así el anciano, día por día, retorna a la naturaleza". En medio de esta lenta muerte es dable verse con una composición infinita, el aspecto anárquico de este retorno, que nos parece el más puro, acaso vegetal, acaso inocente, pero que es también totalmente un renunciamiento suicida: el propio corazón nudista del viejo individualismo moribundo!

Pero nosotros repetimos que el arte está solo y que hay otro sentido en esta soledad. Nosotros sostenemos que el espíritu, por lo

menos, es una de las bases; y que el arte está en el espíritu.

No es el retorno a la naturaleza: es un que-marse lentamente en la misma, inalterable y difícil llama de la cultura. Es saber la metopa. Es recoger lo mejor y calladamente sostenerlo sobre el corazón dolorido de estos quereros extraños, de estos franco-tiradores, los artistas.

Y es además y por eso mismo, "el tiempo del desprecio". Desestimar, odiar, acabar de hundir para siempre esas fórmulas vivas de la necesidad, esas fórmulas del pasado, aquella vejez que muere año a año estorbando con sus agrios humores el paso coral de una nueva época. Todavía — todos lo sentimos así y sufrimos — está en ofensiva la descomposición del mundo burgués. Por eso hay una consecuencia que sacar de esta posición universal del arte, consecuencia que une el desprecio y la lucha, la soledad y el odio. Y es ésta: **CUANTO MAS PURO SE MANTIENE EL HOMBRE, MAS CHOCA CONTRA EL LA AVALANCHA DE LA DECADENCIA.**

El mismo socialismo que Spengler, no quiso o no pudo comprender, proclama el aprovechamiento científico de la naturaleza, la readaptación de la naturaleza. Es la conquista en tiempo y en espacio. Y esto no es decadencia.

Así logramos en un gran esfuerzo, comprender el sentido progresista que hay, que tiene que haber, en aquellos movimientos europeos extraños para nuestra sencillez aldeana. Así comprendemos y podemos volver a esta nuestra sencillez con esperanzas. Porque resulta entonces que Monet no es descomposición de la luz, es ansia y es conquista. Así Cezanne no es rompimiento, del volumen, es fuerza y construcción. Así Picasso no es desvarío del alma, es fuerza y profecía. Hasta en la música oímos el sentido de lo nuevo... y en qué música! Cuando leímos a través de Malraux la conmovedora canción de los camelleros del desierto, ya habíamos interpretado lo mismo en Borodine. Así se aclara y se interpreta y se arriesga también el arte en el país del sueño artístico, donde las perspectivas tienen un juez, el infinito.

Porque, ¿será preciso destacar que el arte, tal como lo vemos nosotros, no ha seguido al



FRESCO MURAL

obra de David Alfaro Siqueiros

desquiciado camino de lo fácil, de lo industrial, del servilismo, de lo churrigueresco o repetido o sentimental o episódico? Creemos que ya es hora de tener conciencia del papel del arte en la sociedad, de su ubicación en el caos y de proclamarla.

El arte está solo. El verdadero. Aquel cuya existencia no sospecha el político grandilocuente y hueco; ni la burguesía industrial y romancista; ni el populacho inculto y sensiblero que le corresponde y la fundamenta. El verdadero arte se depura, se vuelve "de cámara", construye sueños cada vez más finos y, sobre todo, más emocionantes.

Arte para un "élite" dice el reproche de la ignorancia, cuando no el de la impaciencia. Para una selección dice la defensa de nues-

tra esperanza; pero no aristocrática, ni burguesa, ni universitaria siquiera. Para la "élite" de siempre en épocas de desórden, de derrumbes y de luchas. Y, por ende, para las masas de la época futura. Hoy, como lo fué siempre, el arte es de los que conocen, aún muriendo, el equilibrio moral; de aquellos que, salidos de donde sea, hacen de su dolor su luz, de su corazón la vida misma. Para ellos es clarísimo en sus sutilezas y en sus vuelos. Para ellos es la única imagen de la vida que vale la pena ser vivida, como la vida misma. Que cada uno repase su experiencia. Nosotros ya tenemos alguna.

Allá en la pieza primera de una casa de inquilinato hemos visto durante años, muchos jóvenes atentos, algunos de los cuales no

Aquel arte frío y abstracto es la palabra más clara. Todo lo primitivo está quedando de pie sobre las tumbas y el alma de la tierra rie estrepitosamente, mientras sus amigos los hombres-vasos furtivos de esa misma alma.—sufren el trastorno moral más grande y se quiebran al frío, al hambre, al sol, al fuego o al cansancio.

Aquel arte último refleja solamente espectros mentales de las cosas tal como han de quedar después que mueran, en la memoria del árbol pensativo, en los ojos del animal manso, en el espejo ágil de los ríos, en las calles, en los muros, en nuestras manos vacías, en nuestra esperanza dolorosa. Ese arte es un ejemplo vivo.

Recordemos otra vez la conclusión alegre: Cuanto más puro se mantiene el hombre, más choca contra él la avalancha de la decadencia.

Todo lo primitivo, lo original, lo creador, está quedando de pie sobre las tumbas. Por eso es hora del presentimiento ya que los fantasmas nos renuevan la ingenuidad y la leyenda.

Vemos, sentimos, sincopada la historia.

Vemos que se estremecen las razas vírgenes.

Vemos que sobre todos los clamores populares tan justos y tan miserablemente discutidos por los detentadores del poder, se cierne una gran fé, como un manto, una gran seguridad, como el día sobre el sueño agitado.

¡Y estamos tan seguros, en medio de las sombras pardas, de que la noche grande, como los pájaros pequeños, muda en silencio sus plumas delicadas!

Nos tomará una noche nueva de sorpresa y ante su maravilloso asombro milenario, todo nuestro mísculo asombro animal, toda la época estreñecida, sentirá que le brota dentro de su actividad social — hoy o mañana — todo a lo ancho, horizontalmente, como con la tierra antigua en forma de disco... una flor inmensa y simple como el viento y con el viento amiga. Este la llevará — flor para los poetas de entonces, cultura para los filósofos que tardarán en reconocerla, época para los historiadores, fuerza e instinto para los hombres simples — hacia la sed nocturna... Y alguna estrella, alguna abeja de esas que los hombres ven como luz y los dioses como

agua, le alcanzará su zumbido tenaz y su sabiduría invariable.

El ámbito de siempre, ese gran ámbito donde a veces parece que nos ahogáramos, acogerá la semilla valiente entre sus lodos, en pequeñas etapas de los tiempos máximos. Así nosotros ya descansaremos algo y así los dioses tendrán algo que hacer.

Precisamente ahora, porque está más poderosa la tierra nuestra, más langosa la historia, más húmeda la irrespirable y tropical atmósfera, aguardamos el renacer del alma humana o una nueva alma, alegre y solidaria, sobre la vegetación heterogénea y enfermiza que nos inunda.

...

América está pronta para ser sorprendida. Síntomas son todas las actividades que se complican en la conciencia y se simplifican en la acción. Y, concretándonos al tema que es nuestro habitual compañero en este diálogo trágico que vivimos, digamos que el aislamiento del arte es un presagio.

Por eso, entre nosotros mismos, los artistas que destacamos son verdaderos monumentos primitivos plantados al comienzo de un camino ancho que no sabemos aún dónde nos lleva pero que sentimos firme bajo las plantas ligeras y el amor impaciente. Por eso Barradas gótico, Torres García elemental, Michelena músico, Cúneo barroco, Figari impresionista y Rivello, Scolpini, Prevosti, Cabrera, Pese, Savio y otros más. Muchos más. Todos con una tendencia — la del calificativo — pero con una virginidad, la de la impaciencia, la del presagio, la de su vuelco, la de nuestra esperanza! Y en literatura Supervielle, Oribe, Zavala, Basso Maglio, Magallanes, Espinola, Casal y otros, expresionistas, clásicos, místicos y scológicos, en lo fundamental. Esto sólo entre nosotros, porque además está todo a lo largo y a lo ancho el dilatado dolor de la América India. Desde "La Vorágine" y los plásticos mejicanos, cosa absolutamente definitiva — el retorno al fresco, el novísimo renacimiento — hasta ese caliente "Huaspungo" del peruano Icaza, pasando por "Doña Bárbara", el grupo de los plásticos chilenos, la Mistral, Huidobro, Neruda, los músicos brasileños, el finísimo romance de Guiraldes y los inteligentes y un tanto dispersos poetas argentinos. América está pronta, pues, para ser

sorprendida por aquella flor máxima, por aquella cultura que soñamos. Siempre aportando la carne y la leyenda a la causa fatal de los conquistadores: nuestro instinto y nuestra ingenuidad.

Es que entre las lianas y las playas de la América indígena, no hay una cultura, excepto la pre-colombiana, digan lo que digan los autoctonistas. Se viven de prestado todas las actividades y todo es un reflejo occidental en lo político, en lo industrial, en lo económico, en lo intelectual. Estamos apegados a una cultura enferma pero viva y sobre todo viva en sus problemas. Desde el artículo 1º de los Códices, hasta el archi-gemido tanto milonga que sangrara hace tiempo el cantor andaluz. Por eso, aún aceptando la desesperanza de aquel triste germano, no podríamos nosotros hablar de decadencias. Aquí todo sería todavía riqueza, riqueza de pobres, honestidad, sencillez, ingenuidad, entusiasmo, fuerza e imitación. Todo infantil y primitivo a un tiempo. Nosotros no tenemos decadencia porque aún no tuvimos apogeo y no podemos perder lo que nunca hemos poseído.

Sólo una gran esperanza, que es la misma de Occidente, nos descubre los ojos y la fren-

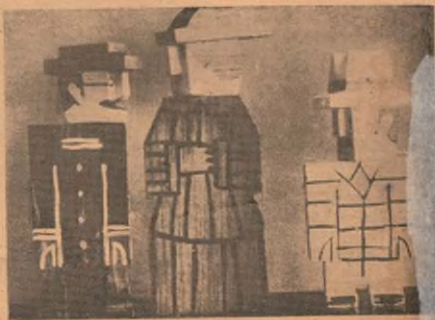
te. ¿Coincide este único acorde que indagamos a través de nuestros artistas, este despertar que nos dicta una fuerza humana purificadora, este despertar a que nos lleva la profundidad del quebranto, este despertar casi sin sentido pero con sueños dispersos como los gritos... con el despertar rojo de una nueva cultura que, desde el otro extremo alejado de Europa, no pudo o no quiso ver Spengler? Y cuyo reflejo se apropió de inmediato la poderosa cultura occidental? ¿Coincide nuestro amor con el amor obrero organizado? ¿Coinciden nuestras fuerzas, éstas que se ejercitan en el dolor de los artistas puros y tantas otras, con las que, desde el otro Oriente, preparan, labran, y templan una nueva noche, infantil por que estará poblada de grandeza, una nueva cultura? ¿Hay universalidad en los sueños como la hay, evidentemente, en las realidades trágicas?

De la vida que pasa por nosotros depende. Y de la muerte que anda atrasada en otros. El porvenir del mundo proclama que coincidan! Pero eso es ya un esfuerzo, un ideal y muchas vidas y muchas muertes nobles.

(Capítulo d' un libro en preparación).

CIPRIANO SANTIAGO VITUREIRA

7936



JUGUETES

de Joaquín Torres García